

Controversia

El Período especial veinte años después

Mayra Espina
José Luis Rodríguez
Juan Triana
Rafael Hernández

Rafael Hernández: Este panel se dirige a discutir la naturaleza del ciclo de crisis que se inicia a principios de los años 90: hasta dónde se prolonga, cuáles son sus causas, cuáles fueron las políticas con las que se ha enfrentado, qué consecuencias han acarreado estos cambios para toda la sociedad cubana. Se trata de entender este proceso en su complejidad, discutir las diferentes interpretaciones y perspectivas que lo analizan, y revisarlas críticamente. ¿En qué consiste la crisis del Período especial? Para abundar en esta primera pregunta, les sugiero considerar cómo ha sido vista por los que la han interpretado, no solamente dentro, sino fuera de Cuba. ¿Sus causas han sido básicamente externas — la caída del socialismo en Europa oriental, el bloqueo? ¿Ha tenido una naturaleza estrictamente económica, o también otras dimensiones? ¿Se pueden diferenciar etapas en este ciclo de crisis? ¿Hasta dónde se extiende?

Juan Triana: El Período especial, en lo fundamental, significó la constatación de una crisis en la concepción del desarrollo económico y del estilo de crecimiento en Cuba. Sobre estos dos fenómenos se venía discutiendo desde hacía bastante tiempo en la academia, no así en los niveles de decisión; sin embargo, el Período especial tuvo la virtud de ponernos delante de la realidad, o más bien de poner la realidad delante de nosotros, para demostrarnos que nuestra concepción del desarrollo estaba en crisis, así como el estilo en el que venía creciendo nuestra economía.

Esta crisis afectó todas las expresiones y experiencias de la vida cotidiana, la manera de hacer y de pensar de los cubanos, y las bases teóricas a través de las cuales nos explicábamos la propia construcción del socialismo en Cuba. Los que éramos profesores de Economía política tuvimos que rescribir la asignatura, porque

* Panel realizado en el Centro Cultural Cinematográfico ICAIC, el 30 de septiembre de 2010.

tesis tan básicas como la del desarrollo desigual, la existencia del campo socialista y la posibilidad de hacer el socialismo en un país pequeño y subdesarrollado, fueron cuestionadas totalmente por esa realidad.

De otra parte, nos obligó a actualizarnos en los temas del desarrollo. Cuba se mantuvo fiel a una visión que heredamos de los años 40 y los 50, desde la teoría de la CEPAL. Debido quizás a la inercia, o a estar dentro de una especie de campana, insertados en el campo socialista, nos quedamos en aquella concepción bonita y romántica de la CEPAL, muy funcional en los inicios de la estrategia de desarrollo de Cuba, pero que con el tiempo y el cambio del mundo, se fue quedando atrás.

He defendido siempre la idea de que la caída del campo socialista fue el detonante de la crisis, pero sus señales estaban ya en 1986-89, que fue un período de estancamiento en la economía cubana. Otros fenómenos de desempeño económico revelaban problemas, muchos de ellos generados por nuestra inserción internacional, pero también consecuencia de fallas estructurales de nuestra estrategia de desarrollo, que no se resolvieron en los primeros treinta años de construcción del socialismo. A la larga, hemos comprendido que el desarrollo tiene su propia agenda, muy particular, independientemente de que se quiera construir el socialismo o el capitalismo. En primer lugar, el desarrollo es un fenómeno transdisciplinario; en segundo, tiene personalidad propia, no es subsidiario de ningún otro, como demuestra la experiencia de países que han avanzado hacia él en estos últimos quince o veinte años.

En cuanto a la duración de la crisis, dado que fueron nuestra concepción del desarrollo y nuestro estilo de crecimiento los que entraron en ella, todavía hoy estamos en ese llamado Período especial. No se han resuelto sus causas porque aún tal concepción sigue estando en crisis; no conozco ninguna alternativa a la que tuvimos hasta 1989, y la que intentamos iniciar en los 90 está también en crisis.

En relación con las etapas, si uno examina las tendencias de la política económica, tendríamos que distinguir dos: una que comienza a inicios de los 90, de descentralización de la economía; y otra a principio de los 2000, de recentralización.

José Luis Rodríguez: Tengo una visión un poco distinta de algunas cosas. En primer lugar, el Período especial ha sido visto de manera diferente en el medio académico en Cuba y en el exterior. Dentro del país existen diversas interpretaciones, pero todas son proactivas al socialismo, van en dirección a una solución favorable a este. La mayoría de las interpretaciones fuera de Cuba plantean *ex-ante* el criterio de la inviabilidad del socialismo. Hay instituciones, surgidas con el Período especial, que mantienen esa línea, como la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (AEEC), creada en 1990, en Washington, que se reúne anualmente en agosto, ya lo ha hecho diecinueve veces, para examinar cómo se manifiesta la crisis y cómo se va a transitar al capitalismo en Cuba. Entre los autores que comparten este enfoque desde el punto de vista de la economía se hallan Carmelo Mesa-Lago, Jorge Pérez López, Rolando H. Castañeda, Archibald Ritter, y otros, quienes contribuyen a esa interpretación. Sin embargo, hay autores, también radicados fuera de Cuba que, sin tener una visión totalmente favorable al socialismo, presentan una interpretación socioeconómica más objetiva, que no postula de antemano la inviabilidad del sistema, aunque manifiestan sus reservas, como, por ejemplo, Claes Brundenius en Suecia, Andrew Zimbalist, Michael Erisman y Susan Eckstein en los Estados Unidos, John Kirk en Canadá, Brian Pollitt y George Lambie, en Inglaterra, etc. Ellos han publicado muchos trabajos en estos años, a veces en confrontación con el grupo anterior, a veces de manera independiente, con una visión alternativa sobre el Período especial y han desarrollado trabajos interesantes.

En Cuba, un grupo de economistas ha estado trabajando en estos temas, a partir fundamentalmente de dos instituciones, el Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC) de la Universidad de La Habana, creado en 1990, con una labor

académica e investigativa muy importante; y el Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE), fundado en 1976, que pertenece al Ministerio de Economía y Planificación (MEP), y ha continuado trabajando en estos últimos años. Para solo mencionar los mejores analistas, están, en mi opinión, Alfredo González, Premio Nacional de Economía, que fue mi asesor en el Ministerio de Economía, y uno de los que más seriamente trató estos temas; Miguel Figueras, también proveniente del medio académico; Elena Álvarez, que ahora trabaja en el MEP, anteriormente directora del INIE. En el CEEC hubo un grupo de economistas, como Pedro Monreal, Julio Carranza, Juan Triana, en los 90; y se sumaron otros más jóvenes, como Omar Everleny Pérez, que han desarrollado trabajos interesantes, y también polémicos, desde el punto de vista económico.

La crisis que se desencadena en los 90 tiene tres causas. Difiero de Juan en su ponderación. El detonante fundamental fue un elemento exógeno a la economía del país, que no tenía agotada sus posibilidades de desarrollo, por las peculiaridades del modelo cubano de socialismo. Cuando se derrumba el modelo europeo, esa avalancha nos vino encima imparablemente. Ese detonante, a su vez, muestra la causa de muchos de los problemas que se venían arrastrando, y que deben valorarse en su perspectiva histórica concreta. Cuba ingresa al CAME a partir de la imposibilidad de mantenerse aislada en el mercado internacional, porque es un país bloqueado y por afinidad política. Desde 1975, había declaraciones del gobierno cubano que proponían un nivel de intercambio con las llamadas economías de mercado muy superior al que realmente logramos tener, porque el mundo existente no nos permitía otra cosa. Llegamos a un alto nivel de interpenetración con los países miembros del CAME, lo que le permitió al modelo sobrevivir. Pero junto con la colaboración y la ayuda, también se transfirieron determinados hábitos y modalidades de aquel sistema, que entre 1986 y 1990 hacen crisis —en el sentido del desarrollo negativo que tienen esos modelos en Europa, debido a su relación con la economía de mercado—, que repercute en las posibilidades de Cuba para seguir desarrollándose con criterio propio. Hubo criterio propio en 1986-90 —que no llegó a cuajar— como resultado del proceso de rectificación. La apertura a la inversión extranjera y al turismo (1986) no datan del Período especial. Ya existía una percepción sobre los problemas que afrontábamos, los cuales se van a potenciar después, con la desaparición del campo socialista, que se manifiesta de forma abrupta y sin compensaciones.

Ciertamente, la economía cubana no crece en esos años. En realidad tuvo un ligero decrecimiento (-0,4% como promedio). Como consecuencia de la forma en que Cuba estaba insertada en el sistema de división socialista del trabajo, lo que pasaba allá repercutía aquí, especialmente cuando, ante el incremento de las dificultades, se declara oficialmente el Período especial. Aunque Fidel ya había empleado el término en enero de ese año, el documento que lo oficializa se publicó en la prensa el 29 de agosto de 1990.

En resumen, esta es una causa importante no generada a partir de las intenciones cubanas de cambiar el modelo, cuyos rasgos estaban determinados por su inserción en el CAME. Difiero de Juan en cuanto al carácter crítico de este modelo, porque lo primario es la causa externa, que no puede pasarse por alto. Este factor detonante da lugar a una estrategia en dos direcciones: una, la de sobrevivir a la crisis haciendo lo que fuera necesario para que el sistema subsistiera; y otra, buscar cómo se reinsertaba el país en el sistema internacional una vez desaparecido el campo socialista.

Tampoco se puede ignorar el bloqueo. Esta es una constante, aunque también una variable a lo largo del Período especial. Cuando empieza, estamos en la variante de bloqueo de 1974, cuando Gerald Ford autorizó a las subsidiarias norteamericanas en terceros países a negociar con Cuba, y con las que manteníamos un determinado nivel de comercio en alimentos. Pero en octubre de 1992, se aprueba la Ley Torricelli,

y ese comercio se acabó, retrotrayendo el bloqueo a antes de 1974; luego la Helms-Burton, en 1996; y, finalmente, la Comisión para la Transición en Cuba, de mayo de 2004, que aprieta aún más la tuerca. Por último, están los factores internos, aunque como ya he dicho, no son, en mi opinión, los determinantes.

En cuanto a las etapas del Período especial, hay seis identificables, que solo voy a mencionar: 1) una inicial, 1990-91, cuando se esperaba una caída violenta, pero con un rebote importante, porque todavía existía la Unión Soviética, se desarrollaba un programa alimentario, se estaba trabajando fuerte en el turismo, y parecía que aquello podía, por lo menos, prolongarse un tiempo; 2) la desaparición de la URSS, el 25 de diciembre de 1991, da lugar al planteamiento de Fidel en la Asamblea Nacional, a fines de ese año, que deja claro lo que se nos avecina: una etapa terrible del Período especial que se extendería hasta 1994, cuando se tiene que adoptar una serie de medidas, no todas las que hubieran sido más favorables para una u otra variante, sino las que fueron posibles en ese momento —entre ellas, la más controversial: la dualidad monetaria—, que incluyen cambios en las relaciones de propiedad, como la ampliación del sector cooperativo en la agricultura y el trabajo por cuenta propia; 3) entre 1995 y 1999, luego de frenada la caída en 1994, hay un proceso de cierto crecimiento en la economía, una recuperación muy gradual; 4) a mediados de los 90 hay una percepción clara de que se está pagando un costo social muy alto, y se lanza la Batalla de Ideas, en el año 2000, para tratar de acelerar transformaciones en la seguridad social, luego en la educación, y finalmente en la salud, con los recursos disponibles; 5) entre 2000 y 2003 se hace una evaluación de la descentralización de la etapa anterior (cuando la divisa se puso en manos de las empresas) por parte de Fidel, en la Asamblea Nacional de marzo de 2003, y se concluye que no es posible, dada la escasez de recursos, mantener esa divisa descentralizada, porque no había con qué pagar centralmente las cosas fundamentales; el país está forzado por esas circunstancias, y por la crisis energética de 2004, cuando prácticamente desaparece el sistema electroenergético del país, y hay que comprar de inmediato grupos electrógenos para no quedarnos sin luz y sin todo, y eso solo se logra centralizando toda la divisa; fue muy controversial el modo en que esto se instrumentó, mediante la Resolución 92 del año 2004, a nivel del Banco Central, pero era prácticamente inevitable hacerlo; 6) a partir de 2009, se desmantela el Comité de Aprobación de Divisas del Banco, que era el que tomaba las decisiones, y comienza un gradual proceso de descentralización a través de esquemas de autofinanciamiento parcial —aún en curso— en una serie de organismos, y que va a tener un impulso adicional con los cambios a los que estamos abocados en este momento.

Algunos autores afirman que el Período especial terminó en 2004, porque alcanzamos el Producto Interno Bruto (PIB) de 1989, lo que me parece una interpretación muy discutible. El hecho es que perdimos quince años en nuestro desarrollo, y la multiplicación de sus consecuencias, como decía Juan, se refleja en la vida cotidiana, en lo social, en lo político. Creo que hay elementos del Período especial que a la altura de este 2010 permanecen todavía.

Mayra Espina: Ya empecé a disfrutar las discrepancias y voy a anotar las más también. Los economistas hablan del tema desde la economía, con datos muy duros y demostrables; yo lo haré desde otro punto de vista, dándoles más valor a los procesos sociales como componentes, expresión y base causal de la crisis. No existe una visión integrada en nuestras ciencias sociales; pero, por fortuna, aun esta visión fragmentaria indica que la crisis no corresponde solo a causas económicas, aunque ellas sean las más notables, más potentes, o las que uno pueda palpar mejor con un instrumental de análisis. Las crisis exceden, en causas y efectos, al mundo de lo económico.

Hay una definición proveniente de la sociología de la vida cotidiana que me gusta mucho: se produce una crisis cuando las prácticas cotidianas para la satisfacción de las necesidades básicas, históricamente cristalizadas, se desestructuran, dejan

de funcionar, a escala masiva y con una dinámica muy acelerada. Todos hemos vivido esa desestructuración. Aunque algunos indicadores económicos hablen de mejoría, recuperaciones y oscilaciones, hasta hoy no hemos podido reestructurar prácticas cotidianas a escala masiva que permitan una adecuada satisfacción de necesidades básicas para una franja relativamente grande de nuestra población. Esa definición de crisis me parece buena, porque no solo incorpora factores de naturaleza macroeconómica, estructurales, sino también alude al mundo de las microprácticas, que revelan la alta complejidad de lo social.

Un contenido importante de la crisis pasa por el hecho de que hay ganadores y perdedores; aunque en sentido social, los ganadores son menos. Los que estudiamos la crisis y las reformas desde el punto de vista social afrontamos el problema de la limitación y el secretismo con los datos. En términos económicos, hay datos clásicos, como el monto del PIB, que están disponibles y uno puede ver su tendencia histórica; pero en cuanto a ingresos familiares y personales y la Encuesta de Hogares, por ejemplo, esos datos son muy restringidos, no todas las instituciones tienen acceso a ellos, y por lo tanto es más difícil seguirles el pulso. Un estudio realizado por el Instituto de Investigaciones Económicas del Ministerio de Economía y Planificación, que sí tiene acceso a esos datos, señala la existencia, al menos, de una franja de 20% de pobreza urbana. En ella se concentran los grandes perdedores de la crisis. En otros estudios, ese grupo puede llegar hasta 40%, en términos de la disponibilidad de ingresos para satisfacción de necesidades.

Por otra parte, los ganadores y los perdedores tienen color, sexo, origen social, pues las crisis y las reformas no tienen un efecto equitativamente repartido. Estudios sobre pobreza, vulnerabilidad y movilidad social, de corte cualitativo, develan quiénes han logrado ascender: el perfil de este ganador es el de un hombre más bien joven con calificación media y alta, blanco y preferentemente de origen social colocado en grupos de técnicos, intelectuales, directivos. Un detalle muy importante, al que debe prestársele máxima atención pues marca una brecha de equidad fundamental, es el papel de las redes sociales para ese ascenso. No basta con tener calificación, sino también relaciones, información, contactos; es decir, «empujoncitos». Todo este cuadro revela que las oportunidades creadas por la reforma no se reparten equitativamente y refuerzan inequidades preexistentes. De esta manera, el panorama de crisis económica que mis colegas han ilustrado puede verse en colores sociales.

Un segundo punto que quiero comentar es el de las interpretaciones de la crisis. Coincido con José Luis en su visión, aunque creo que al menos hay tres interpretaciones diferentes de este proceso. En el mundo académico, sobre todo fuera de Cuba, se presentó la tesis de la erosión interna, es decir: la crisis y la reforma crearon a los propios enterradores del socialismo, entre los que se identificaron, principalmente, la tecno-burocracia trabajando para el mercado exterior y la pequeña propiedad privada urbana y rural. Esta es una tesis de Gillian Gunn y Carmelo Mesa-Lago, entre otros. Dentro de Cuba, la tesis política más extendida fue la del congelamiento. Esta insiste en que la crisis y la reforma congelan los sueños del socialismo para, cuando las condiciones mejoren, volver al estado de bienestar de los 80. El peligro está en que en ella subyace la idea del retorno; da por sentado que la crisis es un periodo entre paréntesis, que es posible regresar a los 80, y que ese es el modelo de sociedad deseable. En relación con esta idea del congelamiento y el retorno al punto de partida, aunque puedo entender, no necesariamente compartir, las explicaciones técnicas económicas sobre la necesidad de la recentralización de los 2000 por la falta de recursos, considero que esta más bien está asociada al hecho de que la reforma fue concebida como una especie de mal necesario que siempre podría ser contrarreformado, y no como una oportunidad para proponer otro modelo de socialismo, de carácter multiactoral, de sujetos económicos múltiples y complementarios. Esta posibilidad de renovación

estaba contenida potencialmente en la reforma, pero nunca se desplegó en toda su magnitud, quedó frustrada.

La tercera interpretación, sostenida por una franja de la sociología, concibe la crisis y la reforma como una alternativa de desarrollo. Me parece que lo llamamos en aquella época «socialismo alternativo posible», una fórmula que suena a entelequia, pero que respondía a la idea de que la crisis podía ser superada y gerenciada hacia estrategias de desarrollo alternativo.

Sobre las causas de la crisis, anoto una discrepancia con José Luis. La segunda mitad de los 80 era una etapa, para decirlo de manera leve, de pre-crisis en los indicadores económicos y sociales. Ya estaba en crisis nuestro modelo de sociedad, sostenido por un ideal de igualdad u homogeneización un poco artificial, pues no estaba sustentado en un basamento económico sólido e ignoraba nuestra diversidad social real y los problemas de equidad subyacentes, no solucionados, que estallaron después, en la reproducción de las desigualdades —de género, de raza, de territorios. Se advertía ya la dificultad de remover esas diferencias, debido a políticas en exceso homogéneas, que no tomaban en cuenta el diferente punto de partida de los distintos grupos sociales. Esas fallas de no usar mecanismos afirmativos y asertivos de política social ya se experimentaban en los 80. Recuerdo en esa década algunos estudios sobre la auto-reproducción de la intelectualidad —basados en muestras tomadas en la Universidad de La Habana y en escuelas vocacionales, como la Lenin— que revelaban un cuadro de desigualdades bastante marcadas dentro de una política social muy potente y que, por lo tanto, atenuaba esas diferencias. En la sociedad de aquellos años ya estaba el germen de la crisis. Sin los factores externos, el estallido se hubiera demorado más, pero no había otra alternativa. En aquellos momentos se podía haber asumido una opción *light* de remontar esa crisis, o quizás no la hubiéramos remontado nunca, el modelo hubiera seguido en crisis, moviéndose por inercia, apoyado en los amparos externos.

El Proceso de Rectificación respondió a esta situación. Existe una diferencia entre lo que el Partido concibió como tal y lo que se derivaba de los estudios académicos. En estos se observaba una crisis del modelo que demandaba una profunda transformación, mientras que en la política se representaba la problemática nacional como ciertas deformaciones en la construcción del socialismo, y se enfocaba sobre todo en movilizar factores éticos.

Por último, coincido en que cuando hablamos de crisis y reformas no se debe ver como un proceso lineal hasta hoy. Desde el punto de vista de las políticas sociales, se advierten al menos tres momentos: uno de sobrevivencia; otro de políticas más proactivas, como las lanzadas durante la llamada Batalla de Ideas que, aunque tenían deficiencias, su intención era recuperar el liderazgo estatal en el desarrollo; y el que se está abriendo ahora, que va a generar un mercado de empleo hasta hoy inexistente.

Rafael Hernández: Mayra y José Luis han entrado en mi segunda pregunta: el examen de las políticas implementadas, quizás porque es imposible explicar la naturaleza de la crisis sin incluirlas. ¿Cómo han sido estas? ¿En qué medida se basaron en investigaciones de carácter científico sobre lo que estaba pasando? ¿Hasta qué punto esas políticas conformaron un plan, un proyecto articulado y coherente, que permitiera rebasar la crisis? ¿Han sido eficaces? ¿Han tenido efectos secundarios no deseados? ¿En qué medida han sido coherentes y han tenido logros?

Juan Triana: Quizás José Luis tenga más argumentos que yo, porque estaba dentro del gobierno, pero para mí resulta muy difícil saber si se tomaron en cuenta las investigaciones. Puedo decir que se hicieron muchas, así como discusiones. La Facultad de Economía de la Universidad de La Habana, durante prácticamente dos años, llevó a cabo una cantidad importante de investigaciones sobre diagnóstico de las

empresas, los distintos sectores, la macroeconomía; y se creó un grupo que estudiaba un diseño de modelo. Se creó el grupo GIPALC en la Universidad de La Habana, formado principalmente por historiadores, economistas y filósofos, que discutía estos problemas, y el impacto de la caída y el desmoronamiento del campo socialista para nuestro país. Algunas de las cosas que se discutieron entonces —sobre todo en la Facultad de Economía—, y que se convirtieron luego en informes de trabajo, sí se plasmaron después en medidas de política económica que respondieron a una concepción *ex-ante* de cómo sobrevivir. No puedo decir que no partieron de planes, porque de lo contrario, no hubiéramos sobrevivido. Creo que sí han sido eficaces, porque todavía estamos aquí, a pesar de los cambios cualitativamente drásticos del bloqueo norteamericano, al que se ha referido José Luis. Naturalmente, no han sido todo lo eficaces que hubiéramos querido, ni han satisfecho nuestras expectativas, pero sí impusieron un grado de creatividad, más allá de que estemos de acuerdo con algunas de ellas o no. La política económica, desde mi perspectiva, se caracterizó por la heterodoxia, por la necesidad de tomar diferentes instrumentos, de mezclarlos para hacer frente a una realidad que era bien distinta a la latinoamericana o a la europea. Se debatió entre el pragmatismo y el continuismo. Recuerdo la frase de Fidel: «Haremos todo lo que sea posible por salvar el socialismo, incluso lo que no nos guste». A la vez, hubo muchas posiciones continuistas, lo que resultaba inevitable.

Estas políticas tuvieron muchísimos efectos secundarios, desde el ámbito individual hasta lo macro. El mundo empresarial cubano cambió drásticamente en los 90; para bien, no para mal. Se acostumbra hablar muy mal de los administradores, los gerentes, los directores de empresa cubanos. Pero ellos hicieron una labor encomiable, porque de pronto tuvieron que aprender, y no exactamente a cucharaditas, muchas cosas para las cuales no estaban entrenados. Lo hicieron rápido, relativamente bien, encontraron los espacios que las políticas les permitieron, los supieron utilizar bastante bien, y se logró que la economía creciera.

Hubo cambios de fondo. El más importante fue en los motores de crecimiento del país; pasamos de uno solo a varios, lo que nos ha dado mucha más flexibilidad y capacidad para enfrentar los propios requerimientos que nos impone hoy el mundo, que es evidentemente capitalista.

Las políticas no son ciento por ciento coherentes en Cuba, ni en ningún otro sitio. La cuestión más discutida —como decía José Luis—, la de la doble moneda, fue defendida por nuestro Centro, porque nos pareció que era, además, la manera más rápida y menos dolorosa de que el país pudiera aprender las nuevas reglas del juego para las cuales estaba muy poco preparado, al menos en el ámbito de las empresas. Esta medida se convirtió también en un colchón para aminorar los impactos negativos desde las economías externas. Aunque no hayan sido del todo coherentes, en general lograron su propósito.

José Luis Rodríguez: Tengo más puntos de coincidencia con esta segunda respuesta de Juan; también con Mayra en que no hay una comunicación entre todas las ciencias sociales para llegar a un acuerdo de diagnóstico sobre la situación.

Ahora bien, a la hora de enfrentar una crisis como esta —que ha sido muy profunda, porque no solo tocó a la macroeconomía, sino a la vida cotidiana de todos los cubanos— es muy difícil hacerlo con un plan previamente concebido, que anticipara todo lo que iba a suceder. Había investigaciones e informes elaborados por algunos grupos —Juan los mencionó— que se tuvieron en cuenta. Se creó un grupo asesor en el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros donde se oían todas estas opiniones. Hay estudios de diagnósticos y pronósticos del Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE), que se entregaron al gobierno; y, sobre todo, hubo una gran discusión interna sobre todas estas cosas. Les recuerdo la sesión de la Asamblea Nacional del 1 de mayo de 1994, donde se discutió el Programa de ajuste

financiero interno, y se vertieron una cantidad de criterios y resultados de diferentes tipos de estudios, desde aquellos que planteaban el cambio de moneda *versus* la dolarización, hasta los que proponían formas de acumulación extra-económicas. Hubo hasta quien propuso volver a crear la Lotería Nacional, vender un cayo, etc. No solo hubo investigaciones académicas, sino muchos criterios recogidos a lo largo de seis meses, desde octubre de 1993, hasta marzo-abril de 1994, que se unieron a los que se habían reunido entre la población, y los estudios que se derivaron de la discusión del Llamamiento al IV Congreso del Partido, que transcurre a mediados del año 1991, donde se recibieron múltiples criterios, que después incluso se tabularon, y hay publicaciones, lamentablemente no muy divulgadas, que dan esos resultados.

No obstante, las medidas adoptadas se ajustaron, en términos generales, a un plan de defensa del país, de ahí el carácter del nombre de Período especial en tiempo de paz, que correspondía más o menos a las características del plan militar de resistencia ante el bloqueo total del país en un escenario de período especial en tiempo de guerra, y que sufrió muchos cambios y matices por el camino.

No se trata de rechazar de plano todo lo que se hizo, porque algunas decisiones fueron muy buenas, mientras que otras fueron concesiones necesarias en aquel momento para salvar la Revolución, como señala Fidel en sus intervenciones del 5 y 6 de agosto de 1995. Se sabía que aquello iba a tener una serie de consecuencias, porque el objetivo fundamental era salvar al país, y para eso se estaba haciendo todo, menos poner en juego el poder político, que Fidel estableció como el límite a todas las reformas en el año 1995, que entonces no se habían terminado ni mucho menos. Las políticas aplicadas tuvieron en común garantizar la sobrevivencia del país al menor costo posible en términos sociales, aunque en definitiva hubo que afrontarlos. Desde ese punto de vista, las medidas fueron eficaces porque, como decía Juan, si no fuera así, no estuviéramos aquí, incluso con las mataduras, magulladuras, heridas, que sufrimos; pero el país logró salir de la situación más crítica, la de 1993, que es el punto más bajo, donde se encuentran prácticamente los problemas más complicados, desde todo punto de vista. Recordemos también la crisis de los balseiros en 1994, que es un correlato de lo que viene ocurriendo internamente en el terreno económico y social.

Lo que se hizo en ese momento no respondía a un plan estructurado. Discrepo de quienes afirman que hubo un plan de reformas mal aplicado o no concebido correctamente. No hubo tal plan de reformas. Fueron medidas que se fueron implementando en función de determinadas coyunturas, pero con un objetivo estratégico claro. Por ejemplo, la doble circulación monetaria no la inventamos nosotros, era una idea ya aplicada en países como China, y que aquí se discutía en el Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC), y también en otros espacios e instituciones. Es necesario entender el carácter del debate que hasta el último minuto primó ante la alternativa existente y la naturaleza de aquella situación. El país afrontaba una inflación terrible, de 33% de déficit del presupuesto en relación con el PIB; la liquidez era casi 70% de este indicador; estábamos en un proceso de desmonetización, es decir, la gente no quería el dinero. Ante esta situación, tuvimos que ajustar el sistema monetario. La alternativa era la siguiente: 1) devaluar, que hubiera sido un desastre total; o bien cambiar la moneda, que era la opción defendida en el libro de Julio Carranza, Pedro Monreal y Luis Gutiérrez, que, con todo respeto, considero inviable; y 2) la otra, que aunque tenía un costo, era controlable: crear dos sectores en la economía, uno que ganara la divisa necesaria, y que permitiera redistribuirla entre aquellos que no tenían acceso a ella. Esta opción impuso cambios sustanciales en la política empresarial, pues para que, por ejemplo, los productores nacionales pudieran suministrar al turismo había que competir con las fuentes externas; si no, no había

venta posible. Hubo que adoptar medidas muy duras, y lógicamente, sus efectos secundarios fueron muy fuertes.

La dolarización ha sido la causa principal en la distribución regresiva de ingresos en la sociedad cubana, pues una parte de ella puede percibirlos sin tener vínculos con el trabajo, por ejemplo, mediante las remesas; por otra parte, crea un diferencial de ingresos muy marcado en relación con la media del salario nacional. Entramos en la dualidad monetaria mediante un Decreto-Ley, y al día siguiente todo el mundo podía tener dólares en la casa; pero salir de ella, después de diecisiete años, no es tan fácil, pues tiene un costo y una elevada complejidad. Tendríamos que extendernos en una explicación de cómo eliminar esa dualidad monetaria, lo que requiere un tiempo que rebasa el que tenemos. El hecho es que se ha creado una doble mentalidad en la población acerca de cómo deben ser sus relaciones con el Estado y con el resto de la gente. Pero le dejo ese camino a Mayra, que conoce más al respecto.

Mayra Espina: Como Triana, yo tampoco estaba dentro del gobierno, así que lo que José Luis diga tiene más valor para saber la medida en que se utilizó el conocimiento precedente. Yo misma formé parte de un grupo de estudios, y recuerdo que se retomaron algunos análisis que no habían sido muy bien vistos en los años 80. Me refiero a que, en la segunda mitad de esa década, mi grupo había hecho una investigación de la estructura social cubana; una de sus conclusiones fundamentales era la sobrecarga del Estado en un conjunto de funciones, en particular, el empleo. Nuestra propuesta había sido ampliar el sector de la pequeña propiedad, lo que entonces no fue en absoluto bien visto, sino todo lo contrario. Sin embargo, en 1989 o 1990, el Ministerio del Trabajo nos llamó a colaborar, junto a otros grupos de investigación del país, en un estudio de escenarios y en la proyección de una política de empleo que finalmente colocó el tema del trabajo por cuenta propia. No obstante, no sé hasta qué punto se aprovechó entonces el resultado de estas investigaciones. De todas maneras, esta es una asignatura pendiente: la relación entre producción de las ciencias sociales y toma de decisiones políticas. Sabemos que son dos dinámicas y racionalidades diferentes, pero con potencialidades de complementación. El caso que estamos analizando aquí, el de una crisis, puede ser el más difícil para conjugar un pensamiento y otro. Pero en definitiva se trata de un problema no resuelto, pues desde la esfera política se concentra todo el poder para demandar conocimiento académico y usarlo o no; y desde la academia hay muy baja capacidad de convocatoria hacia la esfera política, de manera que uno no tiene después ni la menor idea de hasta qué punto lo que dijo impactó o no la toma de decisiones. Esta articulación debería ser considerada, como parte de una nueva etapa, para establecer canales de diálogo sistemáticos, normas para ambos polos de la relación, y sobre todo también una democratización de la producción académica y de estos debates. No debe reducirse a la relación entre tomadores de decisiones y academia, sino que la sociedad debe estar activamente involucrada.

Sobre la eficacia de la reforma, siempre digo que fue ejemplar si se compara con el resto de América Latina, pues se logró manejar una situación económica trágica, terrible, y salir de ella, de sus expresiones más dramáticas, con costos sociales grandes, aunque menores a los esperados, respecto a los vividos por todas las economías y sociedades con historias y escalas parecidas a la nuestra. Sin embargo, también tuvo altos costos, especialmente los referidos al fortalecimiento de brechas de inequidad, las de género y raza fundamentalmente, y a un cierto grado de desintegración social y de repliegue hacia lo individual y familiar, en detrimento del compromiso ciudadano colectivo.

Entiendo lo que dice José Luis, a quien considero muy autorizado para afirmarlo, que no se podría hablar de una estrategia preestablecida, sino de un conjunto de medidas; y que darle coherencia a ese apagafuegos era más difícil. Sin embargo,

sobre la marcha pudo haberse hecho. A mi modo de ver, esas medidas prometían o permitían un cambio de modelo hacia ese socialismo multiactoral posible, y fue totalmente interrumpido o nunca bien desplegado. Lo que vamos a vivir a partir de ahora será una consecuencia de eso que no se hizo entonces.

Oyendo a Triana y a José Luis, comprendo que esa idea de que le estábamos haciendo concesiones al capitalismo se debe a que en nuestra dirección política subyace una imagen de socialismo identificada con estatalidad, de manera que cada vez que se toma una medida que resiente de alguna manera la capacidad del Estado, al más alto nivel, para tomar decisiones y controlar, aparece como una concesión al capitalismo. No comparto esta idea en absoluto, pues ese es un mal que estamos arrastrando y cuyas peores consecuencias vamos a vivir en lo que se va a empezar a cambiar a partir de ahora.

Si hubiéramos imaginado un socialismo distinto, con sujetos económicos de diferente naturaleza, complementarios o en tensión y conflictos, pero no como enemigos irreductibles, podríamos haber tenido más opciones dentro de un mundo como este, que no le deja demasiadas alternativas a una economía como la cubana, dentro de un bloqueo muy rígido. Hubiéramos podido tener más oportunidades cambiando el orden de los factores, identificando un socialismo con una sociedad múltiple, con sujetos económicos y sociales que compiten, pero también se complementan.

De ahí se deriva otra idea. Hemos estado hablando de consecuencias de la crisis económica y social, y para nada nos referimos a lo político. Esta dimensión está ausente porque la hemos estudiado poco; resulta una especie de tema tabú, porque la sociedad que somos hoy no se va a retrotraer nunca más a los 80, cada vez nos alejamos más de ese punto. Yo digo que ni falta hace tampoco volver a aquellos años, sino a algo nuevo y mejor. Somos una sociedad más diversa, multicéntrica, y sin embargo, esta característica no se refleja en la política. Se mantienen estructuras de participación y de toma de decisiones que son casi las mismas desde los 80, o incluso anteriores. Hay una contradicción latente que no se ha manifestado, pero puede hacerlo en cualquier momento. Es necesario hacerse cargo de que la crisis también impacta la esfera política, y que las transformaciones también deberían implicar esta esfera.

Rafael Hernández: Voy a dar los resultados de la encuesta realizada entre los asistentes a este debate, antes de que los panelistas empezaran a hablar. Entre los 110 asistentes, aquellos que contestaron las preguntas marcaron que la crisis es, en primer lugar, un fenómeno económico; y 80% de las respuestas dicen que, en segundo lugar, «es una crisis de valores éticos». Pero esta mayoría se da especialmente entre los encuestados que tienen más de 35 años; entre los menores, solo 50% afirma esto. Mayores y menores coinciden en el factor económico, pero en el de valores éticos hay una gran distancia.

En cuanto a la pregunta «¿El Período especial fue una situación más difícil que el período 1968-1971?», 95% de los mayores de 35 piensa que ha sido peor en lo económico; solo 40% de los menores de 35 coincide en esa apreciación. Respecto al plano ideológico, en términos comparativos, 73% de los mayores de 35, y 60% de los menores, opina que la crisis ha sido más difícil. Respecto al flujo migratorio, 64% de los mayores de 35 considera que ha sido mayor en el Período especial, comparado con el de fines de los años 60. Déjeme poner una nota al pie: entre 1965 y 1973 salieron de Cuba 270 000 personas, un monto superior a cualquier otro período posterior.

En la tercera pregunta, la encuesta pedía que identificaran diez medidas políticas aplicadas entre 1991 y 2006 para enfrentar la crisis. La más votada de todas fue la estimulación a la inversión extranjera; en segundo lugar, la doble circulación de moneda; en tercero, la política de ajuste económico; en cuarto, las remesas extranjeras; en quinto, el repunte de la biotecnología; y en sexto, el libre cambio de divisas. En

casi todas, los mayores y los menores piensan relativamente igual, salvo en una, la del libre cambio de divisas: 54% de los mayores de 35 la incluyeron entre las medidas fundamentales; y solo 20% de los más jóvenes lo han hecho. Nadie votó por reconocer como medidas fundamentales del período el fomento del debate crítico ni las medidas anticorrupción. Así piensan —o pensaban— los asistentes antes de iniciarse el panel.

Mi última pregunta se refiere a las consecuencias de la crisis; cómo esta ha marcado las relaciones sociales, la manera de pensar. Ya que el panel se ha centrado en aspectos de carácter negativo, les pregunto si consideran que la crisis ha generado pasos de avance, resultados que se podrían considerar progresivos. Les pido que la anoten, porque ahora le voy a pasar la palabra al público.

Luis Mariano de la Torre: Soy médico. Como alguien que vivió el Período especial, y que lo vive todavía, uno de los problemas más importantes que veo es la falta de un programa de desarrollo propio, económico, político, social, del modelo cubano. Dependemos mucho de situaciones externas. Nuestro modelo ha estado expuesto a la crisis del campo socialista; si mañana hubiera una crisis en Venezuela, me pregunto qué pasará aquí. Nos falta desarrollo autóctono de lo que creemos como modelo de socialismo adecuado. Si hoy 66% de nuestros trabajadores están vinculados al sector no productivo, si 17% son funcionarios y no responden a la realidad concreta de nuestro país, esto ha sido consecuencia de una mala política —económica, social, o de otra naturaleza.

Sufrimos una crisis del modelo de autogobierno. En nuestro sistema actual, las correcciones y las reformas políticas dependen de la voluntad de los líderes, no de nosotros mismos. Debería existir un empuje, que corresponde a nuestro Parlamento, en la corrección del curso político actual, constante y tangencial que tiene la vida. No deberíamos depender solo de las voluntades políticas de personas que, por muy inteligentes que puedan ser, no cogen la guagua, no comen lo mismo que nosotros. Ese empuje debe venir de las organizaciones de masa y de las políticas que están diseñadas para eso. El Parlamento, que es una organización netamente legislativa, la FEU, los CDR, la FMC no deben estar pendientes de esas voluntades políticas de arriba, sino tomar la iniciativa. ¿Quiénes van a juzgar las decisiones, quiénes van a hacer las correcciones necesarias a las políticas? ¿Los mismos que las toman? Esta ha sido mi vivencia como dirigente estudiantil desde la base, dentro de una Universidad, dentro de una provincia, y dentro de una estructura nacional.

Es necesario un modelo de socialismo autónomo y de autogobierno que nos permita salir de la crisis, que no se parezca al chino ni al venezolano. Quizás para las personas de 70 u 80 años no sea preocupante, pero para mí, que tengo 26, es mi principal preocupación.

Oswaldo Franco: Se dice que en momentos de crisis los países acuden a la devaluación de su moneda. Mi pregunta a los panelistas es por qué no se ha hecho hasta ahora, cuándo se va a hacer, y si no se va a hacer, cómo podría explicarse. Una gran mayoría de la población opina que el turismo no aporta más ingresos al país precisamente por la sobrevaluación del CUC en relación con el dólar.

Rolando Rivero: Refiriéndome a nosotros, los que estamos aquí, al pueblo, pregunto: si se trata de que llevar adelante la acción revolucionaria, ¿todos la llevamos adelante? Independientemente de que las dificultades aumenten, de que la vida se nos haga más dura, hay que hacer todo lo más que podamos por la Revolución.

Enrique López Oliva: Triana mencionó el GIPALC, que no duró más de tres años, porque lo interrumpieron desde arriba, y se paró el debate. Se produjo lo que dice

Mayra Espina, que en el campo de las ciencias sociales los debates tienen dificultades para desarrollarse y hacer que se les escuche.

Quiero referirme a un aspecto no mencionado del Período especial, el religioso. A partir de 1989, comienzan a crecer los bautismos y los matrimonios en las iglesias católicas, hay una recuperación que coincide con todo este proceso del Período especial, porque mucha gente busca en lo religioso una explicación, un aliento, una inspiración, a los problemas económicos que los agobian, a una serie de insatisfacciones que padecen. Surge, por otra parte, un nuevo *modus vivendi* entre el Estado y las iglesias. Ingresó al país ayuda económica de asociaciones de solidaridad europeas, que pusieron como condición que las iglesias velaran para que esa ayuda fuera al destino para el que estaba programado, como es el caso de Pan para el Mundo y una serie de otras organizaciones. Este nuevo *modus vivendi* culmina en la visita del papa Juan Pablo II en 1998, quien había tenido un papel protagónico dentro de la crisis del campo socialista.

Yoss: Los pilotos dicen que cualquier aterrizaje del cual uno puede salir caminando es un buen aterrizaje, solo que siempre he sospechado que las compañías de aviación no piensan lo mismo. En nuestro caso, el piloto puede estar satisfecho, pero nosotros somos la compañía. La principal consecuencia del Período especial ha sido una crisis de confianza dentro del pueblo. Todas las medidas que José Luis ha reflejado con un maravilloso orden cronológico no corresponden a un plan activo, sino reactivo. Uno activo hubiera previsto que el poderoso hermano soviético tenía los pies de barro y que iba a caerse de un momento a otro; y que la *perestroika* iba a llegar mucho más lejos o mucho más abajo. Durante veinte años, la política ha sido reactiva, poniéndole parches a la balsa en la que nos estamos hundiendo en medio de un mar rodeado de tiburones. También ha sido incoherente. En 1993, se abrió la iniciativa privada con las «paladares», porque no quedó más remedio, pero luego se trató de cerrarla de todas las maneras posibles, y hoy se vuelve a abrir.

La gente dejó de creer en que el gobierno paternalista era capaz de satisfacer todas las necesidades, y este reconoció su incapacidad para hacerlo. El cubano está resolviendo como puede, sin un plan concreto, igual que el gobierno. No ahorra, no tiene planes a largo plazo, y esto no es más que el reflejo de la política, porque es la manera de sobrevivir. El Período especial ha impuesto la realidad pragmática por encima del sueño idealista del socialismo.

Pedro Campos: Estoy totalmente de acuerdo con lo que decía la compañera Mayra Espina, y creo que esa es una de las cosas que debería tenerse en cuenta en el futuro, la necesidad de darles una interpretación más integral, desde todos los puntos de vista, a todas las ciencias sociales. Yo soy historiador, no economista, y como tal tengo también mi visión de ese problema.

Lo que ocurrió no fue realmente el fracaso del socialismo, sino de un modelo de socialismo, el mismo que fracasó en otra parte, aquí tuvo tanta repercusión porque estábamos siguiendo esencialmente los mismos parámetros de ese modelo.

Ramón García: Cuba es otra veinte años después, solo que «cuando despertó, el estatismo todavía estaba allí». Quiero hacer dos precisiones y una advertencia. La primera precisión es que, para calificar de crítica a la década de los 90, estaríamos obligados a considerarla como el colofón del fracaso de un modelo de sociedad; entonces sí lo es. La segunda, definir de especial a dicho período exige prolongar el análisis al menos dos decenios más para justificar esa distinción. La distinción es que somos una sociedad en transición, y las evidencias están en el discurso oficial. En 2002, se decía «el socialismo es irreversible»; en 2005, «pudiera ser reversible, si...»; en 2007, «estamos por las reformas»; en 2010, «este modelo es un fastidio».

Triana acaba de proponernos una tesis muy sustantiva, inteligente y provechosa, para muchas cosas que tenemos que plantearnos ahora. Cómo se metió por debajo de la sábana un proyecto populista y hoy estamos lidiando con él.

Pido al panel que comente las políticas de gobernabilidad que se adoptaron en esa década de los 90. Cuando entramos en la primera fase de estos años, se le despenaliza a la gente todo lo que estaba haciendo, se abre la nomenclatura a un concepto de representatividad, y se permite que la tecnocracia se recicle como gerencia. Dichas políticas hicieron que se articulara el *statu quo*, nueva economía, estado asistencialista, y eso permitió que se dispararan los índices económicos, pero también generó lo que hoy estamos viendo, o sea, un montón de problemas, entre ellos el hedonismo.

Rafael Hernández: Regresamos al panel.

Juan Triana: Una de las principales consecuencias de la crisis es la diversidad de maneras de interpretar la realidad que tenemos hoy, y lógicamente, el espacio y la legitimidad que ha ganado el debate en Cuba, quizás como nunca antes. En mi experiencia como estudiante universitario, y después como profesor, siento que estamos en uno de los mejores momentos. Ha sido así desde los años 90, a pesar de las dificultades y a pesar de que un día nos enteramos de que no podíamos seguir sesionando en las discusiones de GIPALC; pero duramos tres años y discutimos cosas muy interesantes que llegaron adonde tenían que llegar —quizás por esa misma razón un día nos dijeron que ya no hacía falta discutir nada más; pero valió la pena, porque aprendimos muchísimo. La diversidad y el espacio de debate, las diferentes maneras de interpretar un mismo fenómeno, enriquecen la sabiduría de todo el mundo. Por eso creo que ha habido transformaciones positivas y logros que se han mantenido.

Quiero comenzar por algo que uno de los asistentes planteaba. No creo que la identificación que hoy tiene nuestro pueblo con la Revolución sea ni formal ni hipócrita, yo creo que todavía hay un balance importante que está a favor del pueblo. Ha habido avances desde los 60, que sería una lástima renunciar a ellos, como es el derecho al acceso gratuito a la educación, a la salud. Quizás nosotros, desde algunas localidades de La Habana, no las apreciamos mucho, pero en otros lugares y localidades dentro de la ciudad y fuera de ella, resultan cuestiones realmente aún decisivas para la familia cubana. Mantener ese andamiaje que garantiza la no desestructuración de nuestra sociedad es importante, y uno de los logros que conservamos.

En cuanto a la inexistencia de un programa de desarrollo propio, quisiera comenzar al revés. Uno de los grandes padecimientos históricos de Cuba ha sido su dependencia unilateral a un solo país: nos marcó con la Unión Soviética, con España y con los Estados Unidos. No solo conseguimos desprendernos de España, sino también de los Estados Unidos. En América Latina, lo que hizo Cuba respecto a los Estados Unidos como ejercicio de soberanía es casi inédito. Después hicimos el milagro de vivir sin la Unión Soviética, algo que nadie se imaginaba. El último milagro ha sido aprender a sobrevivir sin azúcar. Una de nuestras grandes deficiencias, todavía hoy, es no haber evolucionado en nuestra concepción del desarrollo y no tenerla a la altura de estos tiempos, en los que todo ha cambiado —la base tecnológica, la del comercio, los valores, la manera de ver el mundo. Por eso, uno de los más grandes peligros que tiene Cuba es reproducir la dependencia unilateral de un país, en este caso, de Venezuela. Si comparamos la fortaleza del campo socialista y de la Unión Soviética, con la de Venezuela, advertimos que obviamente aquella era muy superior. Volverse a colgar totalmente de un país es muy peligroso. Sin embargo, es más fácil decirlo que elaborar la estrategia. Cuando uno se hace cargo de los números de verdad, y los plazos de tiempo, los divide en veinticuatro horas y en once millones de cubanos, entonces las cosas cambian muchísimo. Desde la teoría y la academia es más fácil; cuando uno se sienta en la silla a tomar la decisión es otra cosa; a veces

de por medio hay restricciones presupuestarias insuperables, o se requiere escoger entre una cosa y otra.

Por último, es cierto que cuando hay crisis una de las recomendaciones es la devaluación, pero eso no quiere decir que esa sea la única. Es una de las medidas que pueden tomarse dentro de un paquete que responde mucho a condiciones concretas. Hay países que no han adoptado una devaluación, sino una caja de conversión monetaria. En aquel momento —fue nuestra posición en el Centro—, consideramos que no era procedente hacer una devaluación, igual que un canje confiscatorio, dos medidas social y políticamente muy graves para este país, entre otras cosas porque pasaba lo mismo que ahora: no teníamos ni tenemos un sistema productivo que responda con suficiente elasticidad y prontitud, tampoco suficientes recursos internos o externos, en términos de inversión extranjera, para poder rápidamente apalancar al sistema productivo y lograr que los efectos positivos esperados de la devaluación no se deshicieran como la espuma en la cresta de la ola, para decirlo en términos de Silvio Rodríguez.

José Luis Rodríguez: El debate daría para muchas más sesiones, pero tenemos que terminar en esta. Lo primero es que me explico los resultados de la encuesta. Es muy difícil que alguien que tenga menos de 35 años pueda opinar de los años 60; habrá leído algo o le habrán contado, pero no los vivió. Las marcas de diferencia en la mayoría de los indicadores están dadas por haber tenido o no esa experiencia directa. No es ilógico que se haya marcado el tema económico casi por unanimidad, lo cual no desconoce la existencia de otros factores, pero la base es la crisis económica.

Se han hecho algunos planteamientos que rebasan el Período especial; más bien abarcan los cincuenta años de la Revolución cubana. A los que han planteado esas preocupaciones sobre períodos anteriores, me limito a sugerirles que estudien un poco lo que pasó. Cuba no se ató a una dependencia con los soviéticos o los países socialistas por voluntad propia; y esa relación tampoco fue en blanco y negro, hay muchos matices. La colaboración con la URSS tuvo muchos beneficios para Cuba, pero también para los soviéticos, porque producíamos un azúcar más barata que ellos. No es que nos compraran a precios preferenciales y perdieran al hacerlo, sino que les era más barato que producir azúcar de remolacha.

Me vuelvo a referir a lo que se planteó como política en el país. Esta era diversificar los lazos con el exterior, e incluso se planteó que 25% de nuestros intercambios deberían hacerse con el área de mercado. Lamentablemente, sobre todo después de la crisis de la deuda de 1982, esa alternativa se cerró. No se trata de que, por un puro acto de voluntad, dijimos. «No vamos a consumir otros productos que los del campo socialista». La realidad nos lo impuso.

No veo la década de los 90 como colofón de un fracaso, porque si se llegó hasta entonces, fue por algo. En los 80 hubo determinados problemas que no permitieron un ajuste, pero entre 1986 y 1990 se estaba gestando un cambio en el modelo económico que no retornaba a los años 60, ni al sistema de dirección y planificación de la economía. Se trató de buscar un punto medio, en el que tanto motivaciones políticas como factores de estímulo económico impulsaran la actividad en el país. No se llega a materializar, porque sobreviene el Período especial. No se trata de que nada se nos hubiera ocurrido, hubo creatividad en esos años, y existen documentos que lo prueban.

Ahora bien, hay una diferencia entre la forma concreta en que funciona una sociedad en términos económicos, políticos, sociales, y el sistema mismo. Estoy de acuerdo en que los modelos han tenido problemas. Algunos han funcionado de manera más centralizada, pero otros no, al menos en la gestión económica. Esas deficiencias, por otra parte, no quieren decir que el sistema *per se* sea malo, o que deba ser sustituido por otro. La única salida que tiene este país es el socialismo; por tanto,

hay que trabajar en dirección a perfeccionar el modelo, aunque estemos rodeados de capitalismo por todas partes, además de bloqueados por los Estados Unidos. A esta situación se añaden los errores propios de la política económica. Ahora bien, como decía Juan, cuando hay que tomar una decisión, considerando las restricciones externas, y existen condiciones de partida que se no pueden violar, se debe hilvanar muy fino para no errar. Muchas veces la solución no va en la dirección que uno pensaba, y hay que rectificar posteriormente.

La coyuntura actual no es la del inicio del Período especial. No podemos bajar más el consumo, ni volver a apagones de ocho horas, u otras medidas que se tuvieron que tomar hace dieciocho o veinte años; por lo tanto, hay que hacer determinadas concesiones. Las llamo concesiones porque en la medida en que se introducen mecanismos de mercado, que mucha gente admira y dice que son muy eficientes, se introduce una dinámica social basada en el interés personal, material e individual, por encima de todo lo demás. Si ese mecanismo se deja suelto, a la larga tiene serias consecuencias, acaba con el sistema, como pasó en los países socialistas europeos. Eso no quiere decir que dentro del modelo socialista no se utilice el mercado y que no deban tomarse decisiones más descentralizadoras, tenerse en cuenta más criterios, incluso para la decisión más centralizada, que es la proporción, por ejemplo, entre acumulación y consumo, lo que se va a invertir y a consumir. En determinadas etapas, esa proporción se consultó, como en el Plan Perspectivo 1976-80, y se expresaron opiniones a favor y en contra. No se trata de hacer un referendo para saber si se va a invertir o no. El Che decía —pueden leerlo en su libro *Apuntes críticos a la economía política* que se elaboró a partir de sus notas— que dirigir una fábrica directamente por todos los obreros era un disparate; y criticaba enormemente la autogestión yugoslava. No se trata de vulgarizar la idea de la descentralización, ni siquiera de ponerla en contradicción con la propiedad estatal. Pueden existir ambas, solo no olvidar que para descentralizar tiene que haber *qué* descentralizar; el problema inicial es tener con qué hacerlo, es decir, que haya recursos suficientes. ¿Qué tiene que ver eso con el modelo de salida de la situación actual? El problema fundamental de este país es lograr equilibrarse, es decir, no gastar más de lo que ingresa. Se procura alcanzar ese equilibrio, pero no se puede hacer en un año. Por determinadas razones, más objetivas que subjetivas, hemos tenido que gastar más en otros años que lo que ingresamos. En 2008 se gastó la bicoca de 840 millones de dólares en efectivo para comprar los mismos alimentos del año 2007; perdimos diez mil millones de dólares con los tres ciclones que nos azotaron. Uno puede tener las mejores intenciones del mundo, y cuando mira la cantidad de recursos de que se dispone, la realidad es implacable y se imponen medidas restrictivas.

Ahora bien, ¿qué hacer? Antes de pensar en un modelo de desarrollo y una estrategia sobre qué desarrollar, lo primero es enfrentar dos grandes problemas: equilibrar la balanza de pagos; si no se gasta en función de lo que se ingresa, crece la deuda —problema que tenemos actualmente—, hay que renegociarla, para ir resolviéndola poco a poco; y aumentar la eficiencia interna. Llega un momento en el que se deben tomar medidas extraordinarias para aumentar la eficiencia interna; en el Período especial se hizo necesario invertir en determinados sectores, como el turismo y la biotecnología, en lugar de la agricultura, porque aquellos sectores nos proveían más rápidamente de los fondos indispensables para sobrevivir. Ese problema lo tenemos que resolver hoy a nivel global, porque si la economía es ineficiente, sigue reproduciéndose el desbalance financiero externo eternamente. Hoy, las medidas que tenemos que adoptar deben abarcar una pluralidad de formas de propiedad que permitan elevar la eficiencia del sector estatal, porque se trata, en definitiva, de desplazar lo que sobra de ese sector hacia otras formas de propiedad, habida cuenta de que tenemos que saber que ese desplazamiento tiene un costo. Si tuviéramos que pagar una consulta médica o un ultrasonido, o costear el precio de un inhalador para el asma a lo que vale

en el mercado, estaríamos discutiendo ese problema, y no criticando lo mucho que se dio gratis, razón por la cual el presupuesto no alcanza. Todo depende del cristal con que se mira el debate.

Con lo que se está haciendo ahora, en circunstancias que no son las de hace veinte años, podemos lograr un nivel de participación en la toma de decisiones que resulta indispensable, además, para la sanidad social del sistema. Ahora bien, en la economía resulta un chiste decirle a alguien que puede tomar decisiones sobre la inversión, cuando no se le puede asignar un centavo, porque no alcanza para comprar la comida de todos. Es necesario situarse en la realidad, no en lo que debiera ser, sino en lo que puede ser. La alternativa que nadie quiere es que se acabe todo este sistema, se privatice la educación, la salud, cada uno por su cuenta, y entonces tener que enfrentar la lucha por la sobrevivencia y el sálvese el que pueda. Si bien hemos tenido que hacer concesiones o ir a retrocesos parciales en estos años, se trata de perfeccionar el socialismo, lo que no tiene nada que ver con lo que pasó en otros países, como en la Unión Soviética, que de la *perestroika* pasaron al capitalismo neoliberal.

Mayra Espina: Quizás me debería callar, porque mi visión puede parecer un poco débil al lado de estos argumentos tan sólidos de la economía. José Luis acaba de concluir con una alternativa que es para temblar. Solo hay dos opciones: nos quedamos así, porque esta es la única salida; o el panorama que nos espera es el del capitalismo neoliberal. Pero no tenemos solo esas dos opciones, existe un espectro un poco más amplio. Por otro lado, entiendo y he defendido —como Triana sabe—, el momento en que vivimos como definido por el imperativo económico, porque las causalidades recursivas tienen momentos y coyunturas, y esta es una en que ese imperativo prevalece, y no podemos cometer la ingenuidad de creer que sin una base económica podemos hacer un montón de cosas, sin límites, en el plano social. En ese aspecto, coincido con ambos.

La diferencia con ellos es que creo que la manera de actuar sobre la realidad no es secuencial ni sectorial; es decir, no se trata, primero, de que el poder central tenga los recursos económicos para tomar decisiones técnicas adecuadas, y luego, empezar a descentralizar. En esa lógica estamos hace cincuenta años. El socialismo que necesitamos es otro, no el que hemos practicado hasta hoy. Podríamos pasar semanas discutiendo qué fue, qué hicimos porque no había otra alternativa y estábamos obligados, qué errores cometimos y qué cosas hicimos bien, pero el tiempo hace que debamos cambiarlo. Pienso en una manera más integral de actuar a la vez sobre un conjunto de factores entrelazados de la realidad, entre ellos, de manera destacada, la esfera política, entendiéndola en un sentido amplio, y priorizando un proceso de ensanchamiento y profundización de la participación social.

La última pregunta de Rafael era sobre efectos de la crisis y logros. Entre los múltiples efectos, uno es una crisis política latente, que no quiere decir de gobernabilidad. Nuestras autoridades conservan su capacidad de gobernar, entre otras cosas porque se mantiene la legitimidad del proceso de dignificación de los sectores populares que abrió la Revolución y porque hay factores sociales que amortiguan. La emigración, el pequeño proyecto, la búsqueda de soluciones en el microespacio, etc., van haciendo un colchón que impide una ruptura. Pero no hay que ver esa situación como un bono hacia la eternidad. Hay un ámbito de acción que no tiene por qué esperar a las condiciones económicas óptimas. La descentralización es una de las maneras. Aunque no soy experta en la autogestión yugoslava, creo que tampoco es la única variante posible. Hay disímiles formas dentro de la propiedad estatal, así como en la no estatal, que pueden ser controladas. La solución no es solo mercado, sino avanzar hacia formas de relacionamiento y toma de decisiones, en los planos económico, social, político y cultural, más participativas, hacia la autogestión. En el capitalismo hay formaciones cercanas al socialismo, como las cooperativas y otras, que no cambian la esencia del

sistema, porque lo hegemónico es el capitalismo. De manera que en el socialismo puede haber formas que no son específicamente socialistas, pero que están hegemónizadas por modos de propiedad, de relaciones económicas, sociales y políticas socialistas, y que no tienen que regenerar el capital. Sin desoír las recomendaciones y alertas de nuestros colegas economistas, técnicamente muy bien preparados, deberíamos pensar en transformaciones mucho más integrales, que pongan en juego a la vez factores y actores macroestructurales y de los micro espacios.

Rafael Hernández: Se le suele llamar debate a un intercambio de opiniones en el fondo muy parecidas, a una reunión, a veces de muchas personas, donde casi todo el mundo tiene más o menos la misma posición, oficial o no, pero que se parecen mucho entre sí. Hoy hemos tenido un debate real, porque hemos escuchado puntos de vista realmente distintos, y porque hemos podido presentar esos puntos de vista con total respeto hacia el derecho de expresión de cada uno, aunque a algunos los hayamos premiado con aplausos y a otros no. Todos los panelistas se merecen un aplauso, precisamente por sus diferencias, porque son estas las que nos pueden llevar a entender mejor los problemas. Muchas veces alguien con quien no estamos de acuerdo nos hace entender mejor un problema, y aprendemos. Este es el propósito de una sesión como esta. Todos debemos felicitarnos por la forma en que se ha desarrollado esta discusión en torno a la crisis, que ahora podemos apreciar mejor en su complejidad, no como resultado de un solo factor, sino de varios; no causada simplemente por errores, porque así no entendemos la historia. Hemos podido hacerlo a partir de una excelente presentación de los panelistas, que aceptaron venir sabiendo cómo es el público de Último Jueves. Hemos podido disfrutar de una reflexión ecuaníme, no de un muro de lamentaciones o una tribuna, porque este espacio de debate no es ninguno de los dos. Les agradezco a todos ustedes por estar aquí, a los que intervinieron, a los panelistas, merecedores de un aplauso por estas diferencias compartidas entre todos.

Participantes:

Mayra Espina. Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

José Luis Rodríguez. Economista. Asesor. Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM).

Juan Triana. Economista. Centro de Estudios sobre la Economía Cubana (CEEC).

Rafael Hernández. Politólogo. Director de la revista *Temas*.